

Luis Braille

la luz en los dedos

Miguel Álvarez



Director de la colección: Miguel Álvarez

© 2003, by Miguel Álvarez y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AGE-Fotostock, AISA, ALBUM y Vicenç Villagrassa

Ilustraciones: Vicenç Villagrassa

Segunda edición: mayo de 2010

ISBN: 978-84-218-4555-4

Depósito legal: M-7972-2010

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Pedro Gimeno

Agradecemos la colaboración de la ONCE

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

1	El sol se apaga	5
2	Una nueva vida	11
3	El futuro de Luis	17
4	El colegio de ciegos	21
5	El sistema de Haüy	25
6	Una visita extraordinaria	29
7	«La escritura nocturna»	33
8	La mitad de una ficha de dominó	41
9	El joven profesor	45
10	Vientos de infortunio	51
11	Luis enferma de tisis	57
12	La visita de un poeta	61
13	Un nuevo método de escritura	65
14	Un gran cambio en el colegio	69
15	Luis vuelve a casa	73
16	La hora decisiva	77
17	El final de la batalla	83
18	El peso de la felicidad	89
19	El viaje definitivo	95
20	Héroe de Francia	103
	Cronología	107
	Bibliografía	111

El sol se apaga

Un abrasador sol de verano se abate sobre la colina arbolada donde se alza el pueblecito de Coupvray, con sus casas de piedra, sus granjas y su iglesia; el mismo sol que brilla sobre el río Marne, que corre hacia el oeste, en medio de las ondulantes mieses del valle, y desemboca en el Sena, muy cerca ya de París. Desde la cercana capital —cuarenta kilómetros no son muchos— llegan al pueblo continuos rumores y noticias de una Francia en plena ebullición. También, aquel día de junio de 1812:

—El verano es el tiempo de las guerras —le dice el boticario al sastre, que ha ido a probarle una casaca—. Nuestro emperador lo ha aprovechado para emprender la invasión de Rusia. Eso cuentan, y que lleva un ejército de medio millón de hombres.

—Napoleón todo lo hace a lo grande. A ver si con la victoria vuelve la paz a Francia. Estamos en guerra con todo lo que nos rodea ¡Vaya tiempo que llevamos! —contesta el sastre.

—¿Tiempo? Un cuarto de siglo desde la revolución. Empezamos cortando la cabeza a los reyes y hemos terminado coronando a un emperador. Pero...

Las noticias han llegado a todos; unos se entusiasman, otros se preocupan, pero la mayoría sigue con su rutinaria vida de labradores, afanados en sus viñas y granjas, o preparando el mercado semanal, ineludible cita de los hombres de Coupvray y alrededores.

—Esperemos que no haya más requisas para la guerra — se dicen, pensando en el grano y en los caballos que han tenido que entregar.

Ese día de verano, cada uno está a lo suyo; el sastre ha vuelto a su taller, el farmacéutico prepara unos polvos en la rebotica, el médico visita a un enfermo, el herrero..., y Simón-Renato Braille, el guarnicionero¹, trabaja en su taller. Está terminando unos encargos. No se puede quejar de un trabajo que no le falta y que le da un buen pasar. Tiene unos viñedos en las afueras del pueblo y esta amplia casa de piedra en la calle Chemin des Buttes². Casa-granja, más bien, pues tiene establo para la vaca y gallinero para las aves de corral, y un lugar espacioso donde trabajar, lleno de arneses, bridas, correajes y todo lo necesario para las caballerías y carruajes de la gente del pueblo.

También su hijo Luis está a lo suyo; tiene tres años y lo suyo es descubrir el mundo, tan distinto al de sus hermanos que son mucho mayores que él y ya participan en el trabajo: Catalina-Josefina, de diecinueve; Luis-Simón, de diecisiete, y María-Celina, de catorce. Luis, el pequeña-jo, está muy mimado y hace lo que quiere.

1. El que se dedica a hacer o vender guarniciones o correajes para caballerías.

2. La casa sigue en pie y la calle se llama ahora de Louis Braille.

Ahora está con su madre, Mónica, en la gran cocina de enorme chimenea. Mira lo que está haciendo y enreda con los cacharros.

—Luis, no me dejas trabajar. ¡A ver si te estás quieto!

Luis, que lo que no quiere es estarse quieto, prefiere marcharse. Cruza el patio y entra en el taller de su padre. Es un lugar que le fascina. Un penetrante olor a cuero impregna aquel lugar. De todas partes cuelgan bridas, riendas, colleras, arneses; en el centro de la gran estancia está su padre. Trabaja inclinado sobre el fuerte banco de madera, lleno de herramientas afiladas para cortar y labrar el cuero.

—¡Hola, Luis!

Levanta los ojos con la lezna en la mano, el puntiaguado instrumento con el que está haciendo agujeros en una banda de cuero.

—¡Hola, papá! —contesta Luis que corre a ponerse detrás de él, para observar mejor la labor de su padre.

—¿Y mamá?

—En la cocina.

Se oye ruido en el patio, los cascos de una caballería. Y una voz llega hasta el interior.

—¡Simón

El guarnicionero conoce la voz. Es un vecino que viene a preguntar cómo va su encargo.

—¡Ahora salgo!

Simón deja su labor sobre el banco, se levanta, sale al luminoso patio y se pone a charlar con el granjero.

Luis se ha quedado solo. Trepas al taburete y curioseas las herramientas del banco. Pronto se le ocurre imitar a su padre. Toma una cuchilla y un trozo de cuero. Intenta hacerle un agu-

jero. La piel se resiste, la cuchilla resbala... El niño lanza un grito terrible. Y sale corriendo del taller, llorando estrepitosamente y con la cara llena de sangre.

Su padre se apresura a tomarlo en sus brazos; su madre, asustada, sale corriendo de la cocina.

—¡Luis, ¿qué te ha pasado?! —grita alarmada.

Luis sigue llorando. No hace falta que conteste. Inmediatamente se dan cuenta de que una cuchilla, una lezna, o vete a saber qué ha cogido el chiquillo, se le ha clavado en un ojo.

Lo limpian rápidamente con agua clara. Una vecina, que acude al oír el alboroto, le pone una compresa de hierbas medicinales. Luego lo llevan al médico.

El médico hace todo lo que puede y aplica toda la ciencia que ha aprendido, en la que no está reducir la infección que se produce.

Pasan los días y Luis no mejora. Su madre, angustiada, se lo dice al médico.

—Doctor, el ojo se le está poniendo cada vez más rojo e hinchado. Y al otro le debe pasar algo, porque dice que apenas ve. Lo siento tropezar con los muebles y, a veces, tira al suelo el plato que va a poner sobre la mesa.

—Sí, Mónica, es lo que me temía —constata el médico—. La infección se le está pasando al otro ojo. Por eso está perdiendo la vista. Ahora debe ver como si estuviera metido en una espesa niebla. Yo no puedo hacer más. No responde a las medicinas. ¿Por qué no lo lleváis al oftalmólogo de Meaux?

Meaux, del que depende administrativamente Coupvray, está a diez kilómetros. Hasta allí llegan los preocupados padres

llevando a Luis en un carro. Todos los esfuerzos del doctor no sirven para nada... Luis penetra inevitablemente en un crepúsculo lento que va acabando con su vista. Cuando cumple los cinco años, el sol se ha puesto definitivamente en su vida. Una desgracia para él; una bendición para todos los ciegos del mundo.

Una nueva vida



A tan corta edad, Luis se ve obligado a emprender una nueva forma de vida. Ya no puede contar con sus ojos para ver las cosas, la cara de los demás e imitar sus gestos. Su rostro se va volviendo, por ello, más inexpresivo. Tiende a inclinar la cabeza hacia adelante y hacia un lado, como en un gesto expectante, que conservará toda la vida.

Ahora se tiene que fiar de sus otros sentidos, su tacto y su oído, para moverse y reconocer lo que le rodea. El que sea tan pequeño le sirve para que esos sentidos se afinen extraordinariamente. Pronto ya no tropieza. Parece que presiente los muebles y que los ecos de su voz, al rebotar en los objetos, le indican donde están las paredes, las puertas o los muebles.

Los ruidos de la calle le son familiares. Conoce el rodar chirriante de los pesados carros, los cascos de las caballerías y los ladridos de los perros. Sabe a quiénes pertenecen y, por su voz, conoce quién de sus vecinos se dirige a él y le saluda. También el olfato le sirve de gran ayuda. Sabe dónde está la cocina, las cuerdas, y qué alimentos le van a poner de comida.

Un día oye extrañas voces en su casa, palabras duras y broncas, cuyo sentido no entiende. Es abril de 1814. Por

las conversaciones de los mayores, conoce la trascendental noticia. El emperador Napoleón Bonaparte no sólo ha fracasado en la invasión de Rusia sino que ha sido vencido por las fuerzas coligadas de Austria, Rusia y Prusia³. Lo han confinado en la isla de Elba.

Sus padres hablan con los vecinos.

—No sé cuando se va a terminar esta situación —oye decir a su padre—. Primero llegaron las tropas en retirada del emperador, camino de París, exigiendo avena, heno y pan y requisando caballos y vacas. Ahora nos han obligado a alojar a los soldados extranjeros que ocupan Francia. Yo tengo un grupo de prusianos.

—Los que tengo en casa son rusos —le contesta un vecino—. Al menos, esto significa que se están acabando tantos años de guerra. El emperador ha abdicado y en París tenemos de nuevo un rey.

—Es el hermano del que guillotinaron. Se hace llamar Luis XVIII. ¿Me pregunto por qué se ha puesto ese número, si su hermano era el XVI?

—Dicen que ha querido tomar el nombre de su hermano y respetar el puesto en la dinastía de su sobrino, que ya ha muerto. También se llamaba Luis.

—Dios quiera que podamos gozar de algunos años de paz y de trabajo.

En marzo de 1815, un nuevo sobresalto se produce en Coupvray. El pueblo lo comenta entre asustado y admirado.

3. Reino situado al noreste de la actual Alemania, fronterizo con Polonia. Fue la base de la reunificación alemana en 1871. Su rey fue su primer Káiser (emperador).

—¡Napoleón se ha escapado de la isla de Elba!

—Ha desembarcado en el sur de Francia con los setecientos hombres de su guardia y viene hacia París.

—¿Con sólo setecientos hombres?

—No. Ya tiene un gran ejército. Las tropas que enviaban para detenerle se han ido uniendo al emperador. ¡No sé qué tiene ese hombre!

El pequeño sueño de gloria sólo duró «cien días». En junio de 1915, Napoleón sufre su definitiva derrota en la batalla de Waterloo. Francia sigue ocupada. Luis Braille continuará oyendo el bronco acento de los soldados un año más.

Cuando el último soldado extranjero deja su pueblo, Luis tiene siete años. La vida se va normalizando. Los lugareños se afanan en su trabajo. La revolución se modera y un nuevo cura párroco llega a Coupvray.

Lo primero que hace el abate⁴ Jacobo Palluy es visitar a todos los feligreses. Cuando le llega al turno a la familia del guarnicionero, Simón-Renato y su mujer lo reciben encantados. Están todos sus hijos menos Catalina, que se ha casado hace tres años.

El cura mira al pequeño Luis con una inmediata simpatía. Se acerca y le acaricia la cabeza.

—Hola, Luis, vamos a ser muy buenos amigos

Luis sonrío.

—Hola, padre —contesta.

4. En castellano se suele llamar abate a los sacerdotes extranjeros, especialmente franceses o italianos

—Es muy inteligente —tercia María-Celina—. Nos ayuda a clasificar los huevos y las verduras para venderlos en el mercado. Parece que ve con las manos; y con los oídos. Conoce a todos los perros de la vecindad, y sabe a quien pertenece cada uno sólo con oírlos ladrar.

—Me alegro muchísimo, Luis —le dijo el cura—. Tendré que venir a menudo a visitarte. Tú y yo tenemos mucho de qué charlar.

El cura cumplió su promesa. Cuando tenía unos ratos libres se acercaba a la casa del guarnicionero y se sentaba en el jardín con el pequeño. Charlaban de todo. Le hablaba de los árboles y de las flores y le decía cómo eran. Se las acercaba para que las tocara y las oliera y pronto Luis las reconocía por su forma o su perfume.

—El tiempo no es siempre el mismo, Luis. Hay día y noche, amanecer y atardecer. Y durante el año se suceden las estaciones. Las flores florecen en primavera. Luego, llega el verano y es el trigo el que se mece en el campo. En otoño caen las hojas de casi todos los árboles, pero antes aparecen las uvas y la fiesta de la vendimia, que tanto se celebra en el pueblo. En invierno, en cambio, la tierra se duerme tapada con una sábana de nieve... y prepara la próxima primavera.

Luis le escuchaba fascinado ante ese mundo que el abate Jacobo le presentaba. Se reía cuando el cura imitaba las más diversas voces de los animales para que los conociera: el croar de las ranas, el rebuzno de los asnos, el relincho de los caballos, el mugir de las vacas. También los animales exóticos, cuyos dibujos no podía ver, pero que el párroco le describía con todo detalle.